

# Una flor, una guitarra y un banco

Marcelo Cammarano



Image not found.

## Capítulo 1

<<Creo que con una canción la tristeza es más hermosa>> le dijo mientras se acercaba a ella, quien lloraba sentada en un banco alejado de la plaza del barrio. Ella levantó su mirada y lo vio. No habló, solo lo miró. El joven tenía unos veintisiete años más o menos. Su cabello y barba lucían desprolijos, descuidados, como si nunca se mirase al espejo para revisar su aspecto. Se inclinó un poco para quedar a la misma altura que ella. Ella solo lo miraba, con los ojos brillantes. No decía una palabra. Se quedaron mirándose por cinco segundos. La plaza llena de gente, por un momento pareció un desierto ocupado solo por dos personas. Paula dejó de llorar. Andrés sonrió. Se descolgó la guitarra que llevaba en su espalda y la apoyó contra el banco. Ninguno hablaba. Ella desvió un segundo su mirada hacia la guitarra y luego la volvió hacia él. Esbozó apenas una leve sonrisa. Su corazón disminuyó la velocidad de sus latidos y sus respiraciones se volvieron más pausadas. Andrés aún la observaba sonriendo.

Paula atinó a levantarse pero no pudo. Sus piernas no se lo permitieron. Entonces Andrés se sentó a su lado. Ella apoyó su cabeza sobre el hombro del muchacho y cerró los ojos. Andrés miraba hacia el resto de la plaza. Dos niños jugaban a perseguirse. Una niña de ocho años se hamacaba de un lado a otro. Cuatro amigos tomaban mate y reían. Una pareja se abrazaba. Paula aún mantenía sus ojos cerrados, pero ya no lloraba. El mundo entero eran ellos dos.

La niña de la hamaca bajó de la misma y tomó una flor. Se acercó al banco y se la ofreció a Paula, que ya de ojos abiertos le devolvió la sonrisa a la niña y agradeció el gesto. Andrés contemplaba la situación. La niña en ningún momento lo miró. Luego se dio media vuelta y volvió a la hamaca. Paula besó la flor y volvió a dejar escapar unas lágrimas que golpearon contra los pétalos y cayeron al suelo. <<¿Por qué?>> se preguntó, y miró a Andrés.

El aspecto de Paula era el de una persona que llevaba días sin dormir. Los ojos caídos, llenos de lágrimas contenidas. La mirada perdida. El pelo despeinado, largo y sucio. Llevaba horas sentada sola en aquel banco, hasta la llegada de Andrés. Volvió a preguntar <<¿por qué?>>. Andrés la miró y acomodó su cabello por detrás de su oreja izquierda. Paula sintió la piel de los dedos de Andrés en su rostro y suspiró. <<Porque a todos, tarde o temprano, nos llega la hora.>> respondió, ignorando lo retórico de la pregunta. La chica mantenía la mirada perdida en el horizonte. En su cabeza se estaba reproduciendo la película de su vida. Revivía decenas de momentos. Algunos de los más felices aparecían como ráfagas. Sin embargo, no conseguía sonreír. Era tanto el dolor que en su corazón solo había lugar para la tristeza. Siempre había sido una persona llena de vida,

llena de alegría. Era capaz de cambiar al mundo. No podía entender como la vida guardaba para ella uno de sus más crueles y despiadados desenlaces. Sin embargo, allí estaba, llorando desconsolada sentada en el banco de una plaza.

Andrés la acompañaba. Paula se sentía más cómoda con él ahí, a su lado. Aunque no hablaran, estaban juntos. Sentados en un banco. Los dos sabían que miraban el mismo punto. Paula pensaba en como la vida se va sin darse cuenta. Como en un abrir y cerrar de ojos, tu vida puede cambiar por completo y no volver a ser la misma. Pensaba en las cosas que le habían quedado por decir. Entonces se volvió hacia Andrés. <<No estaba lista. Todavía no. ¿Por qué tan rápido?>> Sus ojos brillaban más que nunca. Andrés la miraba callado. <<¿Y ahora cómo hago yo? ¿Me podés decir?>> Andrés la escuchaba atento sin quitar la vista de Paula. Le contestó que la vida a veces nos pone a prueba para ver qué tan fuerte somos. Y que elige las batallas más difíciles para sus soldados más fuertes. Paula negaba con la cabeza. Se rehusaba a creer eso. Tenía que existir otra razón. Continuaba preguntándole al cielo por qué. Andrés intentaba calmarla. Por escasos momentos lo lograba, pero aquel efecto apenas duraba unos segundos. Ella no encontraba consuelo. Compartía con el joven recuerdos de su infancia. De su adolescencia. De su juventud. De las vacaciones con su familia. De los abrazos con su mamá, con su papá, con su hermano. De alguna manera, desahogarse le hacía bien. No se daba cuenta de ello, pero hablar ayudaba a liberar un poco de esa angustia encerrada dentro de su pecho.

Andrés le contó que él siempre había querido ser músico, pero jamás se lo había confesado a nadie. Jamás había podido. Nadie conocía aquel secreto y Paula era la primera persona con quien lo compartía. Que nada lo hacía más feliz que su música pero no tenía la fuerza ni el valor suficiente para perseguir sus sueños. Paula lo escuchaba atenta, mientras refregaba sus ojos intentando evaporar las lágrimas que caían por sus mejillas. Andrés quitó las manos de Paula de sus ojos y las entrelazó con las suyas. Le pidió a la chica que le prometiera una sola cosa. Que no seguiría su ejemplo. Que se propusiera alcanzar todo lo que la hiciera feliz. Que ese era su único arrepentimiento. Que ella lo merecía. Que el mundo necesitaba más personas como ella. Gente alegre, llena de vida, sin miedo de perseguir sus sueños y capaz de cambiar al mundo con una sonrisa. Luego la miró fijo a los ojos, besó su frente, se puso de pie y se marchó.

Paula lo siguió con su mirada mientras Andrés se alejaba y dejó caer las lágrimas más tristes de su vida. Ya nada sería igual. Acababa de perder a su hermano mayor, Andrés.